

»traeremos nosotras de un cabello á nuestras almas.
 »Y creed, que, quien más tuvier, más le terná, y quien
 »menos, menos» (1). ¿Qué os diré yo de comparación
 tan expresiva? Diré que es digna de la pluma de
 Santa Teresa, y es todo lo que se puede decir. Con él
 pone remate y coronamiento á los quince primeros
 capítulos de este Tratado, en los cuales está á gran-
 des rasgos delineada la senda de la perfección en todo
 cuanto abarca la teología ascética, y esto, no de una
 manera vaga y genérica, como en el libro de su *Vida*,
 sino estudiando palmo á palmo el terreno, definiendo
 las virtudes, exponiendo su práctica, grados y enca-
 denamiento con rigor lógico y pulso admirable.

11. Esto no obstante, y sin rebajar en nada el
 mérito de joya tan preciosa, doy todavía la preferen-
 cia al libro de las *Moradas*, siquier sea por la unidad
 de plan que enlaza armónicamente las partes entre sí,
 por la distinción con que procede, pasando siempre
 de lo menos á lo más perfecto, y por no concretarse
 en la exposición de la doctrina á esta ó á aquella clase
 de personas, sino extenderse más bien á todo linaje de
 gentes, abarcar todos los estados y tener en cuenta
 la diversidad de caracteres é inclinaciones. Este mis-
 mo juicio debía merecer á la Santa Madre el postrero
 de estos escritos, cuando en la carta doscientas se-
 tenta y cuatro, dirigida al P. Fr. Jerónimo Gracián,
 dice, hablando de él y comparándole con el libro de
 su *Vida*: «Páreceme que ese libro (el de la *Vida*)... es

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

»el grande mío...: á mi parecer *le hace ventaja el que*
»después he escrito (el de las *Moradas*): al menos
 »había más experiencia que cuando lo escribí.» Y en
 la Morada 4.^a, cap. 1: «Es dificultosísimo de dar á
 »entender (las cosas sobrenaturales), si Dios no lo
 »hace, como en otra parte que se escribió hasta donde
 »había yo entendido catorce años ha poco más ó
 »menos; aunque *un poco más de luz me parece tengo*
»de estas mercedes, que el Señor hace á algunas
 »almas.» Y en la misma Morada, cap. II: «Podrá ser
 »que en estas cosas interiores me contradiga algo de
 »lo que tengo dicho en otras partes. No es maravilla,
 »porque en casi quince años, que ha que lo escribí,
 »quizá *me ha dado el Señor más claridad* en estas
 »cosas de las que entonces entendía.» Conviene, por
 tanto, estudiar á Santa Teresa de Jesús, bien sea como
 ascética, bien como mística, en el libro de las *Mora-*
das; no con exclusión de los demás escritos, en los
 cuales encierra también inestimables riquezas de ce-
 lestial sabiduría, sino tomándole por guía principal
 en este camino, y ampliando los puntos ligeramente
 tocados en él con las explanaciones de la misma idea
 que en otras obras nos suministra. Comencemos, pues.

12. Y ante todo cumple á mi propósito advertir,
 como fundamento del sistema doctrinal que trato de
 exponer, y condición precisa para su inteligencia,
 que, según la mente de la ascética Doctora, los di-
 versos grados de oración son otros tantos grados de

perfección evangélica. No concibe la Santa el ejercicio de la oración, como otros místicos ilusos, de una manera abstracta y teórica; no prescinde, como ellos, de la abnegación, ni se olvida de sojuzgar las pasiones; antes bien, es para ella manifiesto engaño y trapacería diabólica toda práctica piadosa, siquier parezca altísima oración, que no ayude al exacto cumplimiento de sus obligaciones y produzca opimos frutos de mortificación. «Pedísteisme, dice á sus hijas »después de haber tratado extensamente de las más »sólidas virtudes; pedísteisme que os dijese el principio de oración. Yo, hijas, aunque no me llevó Dios »por este principio (el que acaba de exponer), porque »aún no le debo tener de estas virtudes, no sé otro» (1). Y en otra parte, tratando de encaminar al que comienza á tener oración: «Sea varón, y no de los que »se echaban á beber de buzos cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién (2), sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que »no hay mejores armas que las de la cruz. Aunque »otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno »á decir aquí... ¡Es cosa donosa, que aún nos estamos »con mil embargos é imperfecciones... y no habemos »vergüenza de querer gustos en la oración y quejarnos de sequedades» (3). Y, finalmente, para omitir otros innumerables pasajes en que se dice lo mismo, al recomendar en la Morada 4.^a, cap. II, las disposiciones necesarias para recibir dones sobrenaturales,

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

(2) Con Gedeón.

(3) Mor. 2.^a

interpela así á sus monjas: «Luego querréis, mis hijas, »procurar tener esta oración (de quietud)... Yo os diré »lo que en esto he entendido. Después de hacer lo »que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad... Por esta se deja vencer el Señor á cuanto de »él queremos.» Es indiscutible, por consiguiente, la verdad antes enunciada, y aunque sin perjuicio de lo dicho, puede el Señor, cuando así le place, levantar el alma á sí, y darle á gustar, no obstante sus muchas imperfecciones, el dulzor de sus regaladísimos abrazos; pero, además de ser estos casos muy excepcionales, sólo obra Dios de esta manera para engolosinarla, como dice la Santa, y ver de hacerla renunciar á los deleites terrenos que la traen enajenada. Y es estilo del Señor, cuando los tales no responden con generosidad al divino llamamiento, retirar de ellos su benéfica mano y no arrojar á animales inmundos las margaritas de sus dones. Quede, pues, sentado como verdad incontrovertible, que en el sistema doctrinal de la Santa Madre, los diversos grados de oración más ó menos levantada y los grados de perfección, se reciprocán.

13. Hecha esta observación de suma importancia en materia tan grave, dejémonos llevar por la mano de nuestro guía, y penetremos con ella en el vestíbulo del templo de la santidad. «Estando hoy suplicando, »dice en la Morada 1.^a, á Nuestro Señor hablase por »mí, porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo »comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció »lo que ahora diré para comenzar con algún funda-

»mento; que es, considerar á nuestra alma como un
 »castillo todo de un diamante ó muy claro cristal,
 »adonde hay muchos aposentos, como en el cielo hay
 »muchas moradas. Que si bien lo consideramos, her-
 »manas, no es otra cosa el alma del justo sino un
 »paraíso adonde, dice él, tiene sus delicias. Pues con-
 »sideremos, que este castillo tiene, como he dicho,
 »muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo,
 »otras á los lados, y en el centro y mitad de todas
 »estas tiene la más principal, que es adonde pasan las
 »cosas mucho más secretas entre Dios y el alma.»
 Tal es la concepción de la Santa tomada á bulto y
 sin bajar á pormenores. No pasemos adelante sin ad-
 vertir, que es capital sobre este punto la considera-
 ción, en que ella tanto insiste, de haber infinitas mo-
 radas alrededor de la estancia principal de este castillo,
 pues, aunque después en todo el Tratado no se habla
 más que de siete, estas, más bien que moradas aisla-
 das, son órdenes de estancias, cada una de las cuales
 puede tener, y realmente tiene, un sinnúmero de pie-
 zas semejantes. Por eso en el Apéndice á este escrito
 inculca de nuevo la misma idea, diciendo: «Aunque
 »(aquí) no se trata de más de siete moradas, en cada
 »una de ellas hay muchas en lo bajo y alto y á los
 »lados, con lindos jardines, y fuentes, y laberintos, y
 »cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en
 »alabanzas del gran Dios que las crió á su imagen
 »y semejanza.» Y antes de esto había escrito en la
 Morada 1.^a: «Digo que no consideren pocas piezas
 »(en este castillo) sino de millón, y éstas no una en
 »pos de otra como cosa enhilada, sino como un pal-

»mito, que, para llegar á lo que es de comer, tiene
 »muchas caberturas que todo lo sabroso cercan» (1).
 Dicho esto, y trazadas ya las principales líneas del
 cuadro, la emprende con los pormenores, deslindando
 los diversos grupos que han de dar vida al lienzo, y
 cuidando de no confundirlos jamás, sino de sostener
 en cada uno de ellos el carácter y fisonomía propios.

14. Mas ¿qué moradas son estas? ¿quiénes sus ha-
 bitantes? ¿en qué se ejercitan? ¿cómo los combate el
 enemigo? ¿de qué armas deberán valerse para no su-
 cumbir en la lucha, sino resistir, avanzar, triunfar ó
 morir? Todo, todo está valientemente descrito en este
 asombroso panorama del espíritu, donde al volver de
 cada página nos hallamos siempre con un nuevo pai-
 saje, nuevas personas, nuevos trajes, nuevo cielo, nue-
 vo sol, un nuevo mundo, en fin, desconocido hasta
 entonces para nosotros, y en el cual, sin embargo,
 vivimos y nos movemos, como parte que somos de él.
 Los pecadores, ante todo, que, olvidados de Dios, se
 revuelcan en el cieno de los deleites sin acordarse
 jamás de entrar dentro de sí mismos, son, dice la
 Santa, almas tullidas y con perlesía, que tienen hecha
 costumbre de tratar con las bestias ponzoñosas de la
 ronda del castillo, sin atinar jamás con la puerta que
 es la oración, ni cuidarse de penetrar en él. Las mo-
 radas todas de esta mansión deliciosa están para ellos
 oscurecidas con las tinieblas de la culpa, y los rayos
 del Sol de Justicia que arde en el centro de las mis-

(1) Mor. 2.^a, cap. II.

más, pierden con el pecado toda su vívida brillantez. «¿Qué será ver, dice en la Morada 1.^a, qué será »ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta »perla oriental, este árbol de vida, que está plantado »en las mismas aguas vivas que es Dios, cuando »cae en un pecado mortal? No hay tinieblas tan tene- »brosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté »mucho más. No queráis más saber, de que con es- »tarse el mismo sol, que le daba resplandor y her- »mosura, todavía en el centro del alma, es como si »allí no estuviese para participar de él, con ser tan »capaz para gozar de su majestad, como el cristal »para resplandecer en el sol» (1). Y, cual si esta be- llísima comparación no bastase para hacer ver los hediondos y abominables efectos de la culpa, torna á insistir en la misma idea, y dice en el párrafo siguiente: «Así como de una fuente muy clara lo son todos »los arroyicos de ella, así el alma que por su culpa se »aparta de esta fuente y se planta en otra de muy »negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que cor- »re de ella es la misma desventura y suciedad. Y es »de considerar aquí, añade, que la fuente y aquel sol »resplandeciente, que está en el centro del alma, no »pierde su resplandor y hermosura; que siempre está »dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura; »mas, si sobre un cristal que está al sol se pusiese un »pañó muy negro, claro está que aunque el sol dé en »él, no hará su claridad operación en el cristal» (2).

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

¡Qué imágenes tan brillantes y llenas de vida! ¡Qué frescura y lozanía en la descripción! ¡Qué desaliño tan encantador en la frase! No parece sino que brota la idea del entendimiento, y la expresión de la pluma, como brotan las aguas cristalinas entre las arenas de purísimo manantial. Aquí todo elogio es sobrado, y como dijo á otro propósito Baltasar de Alcázar:

Esto..., ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta lo hallo,
Que con la prisa se acaba.

Id ahora, si os place, id y hojead los infolios de la Escuela para penetrar la esencia del pecado, y desentrañar la incomprensible miseria de sus efectos. Tened por seguro, que tras interminables disquisiciones metafísicas, tras increíbles desvelos y torturas intelectuales, acaso no hagáis sentir á vuestra alma la podredumbre del corazón apartado de Dios, tanto como os la hacen sentir las sencillas frases de la humilde Carmelita. Pero no cortemos el hilo de la idea. Avancemos con la Santa hasta penetrar en el interior de este real Palacio, y, dejando á los pecadores fuera del cerco del castillo, entremos ya con los justos en la primera Morada. Hedla aquí. Es la mansión del propio conocimiento, único fundamento de la verdadera humildad.

15. *Morada primera.*—Casi no llega á ella la luz que sale de la estancia donde se alza el trono del

soberano Rey, y, aunque no está «oscurecida y negra
 »como las Moradas del alma pecadora, está sí oscu-
 »recida de manera, que el morador de ella no pueda
 »verla bien, y esto, no por culpa de la pieza, sino
 »porque con el justo que en ella entró, penetraron
 »tantas culebras, víboras y cosas ponzoñosas de cui-
 »dados terrenos, que no le dejan advertir á la luz.
 »Como si uno entrara á una parte adonde entra
 »mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi no
 »los pudiese abrir: clara está la pieza, mas él no lo
 »goza por el impedimento ó cosa de estas fieras y
 »bestias que le han cerrado los ojos para no ver sino
 »á ellas» (1). Es decir, como más adelante lo explica,
 que los habitantes de estas primeras Moradas, aunque
 anden con deseos de no ofender á Dios y hagan obras
 buenas, se hallan tan embebidos en el mundo, tan
 engolfados en sus contentos y desvanecidos con sus
 honras y pretensiones de hacienda, que los vasallos
 del alma, potencias y sentidos, tienen poca fuerza
 para batallar contra el furor de las pasiones, y así
 difícilmente pueden gozar de la presencia de Dios y
 atender á la luz con que los ilumina, y á las inspira-
 ciones con que los mueve. Para estos es indispensable
 acudir «como pudieren á Su Majestad, y tomar á su
 »bendita Madre como intercesora y á los Santos para
 »que peleen por ellos, y, dando de mano á las cosas
 »y negocios no necesarios, cada uno conforme á su
 »estado» (2), se ocupen en conocerse á sí mismos,

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

eviten las ocasiones de pecado grave y conciban abor-
 recimiento grande al pecado venial. Mas no con pusi-
 lanidad y cobardía, asaltados de temores y metidos
 en el cieno de sus miserias, sino fijando los ojos en
 Dios y Cristo Nuestro Señor, para que, mirando
 su grandeza, conozcan mejor su bajeza, y mirando su
 limpieza, vean su suciedad (1).

16. *Segunda Morada.*—Mas esta magnanimidad
 y estos arranques de corazón, los recomienda todavía
 con palabras más enérgicas y mayor peso de razones
 á los justos, que, dando un paso más adelante, llegan
 con el auxilio de Dios á penetrar en las segundas
 Moradas. Son estos los que estando aún «enredados
 »en los pasatiempos y baraterías del mundo, y ca-
 »yendo y levantando en pecados veniales, á que dan
 »ocasión el bullicio y compañía de estas bestias pon-
 »zoñosas, oyen con todo la voz del Señor que los
 »llama. Y es esta voz tan suave, que se deshace la
 »pobre alma en no hacer luego lo que se le manda.
 »No son estas voces y llamamientos, como los que
 »se escuchan en las Moradas más interiores; sino pa-
 »labras que oyen á gentes buenas, sermones ó lectura
 »de buenos libros, enfermedades, ó trabajos, ó ver-
 »dades que Dios enseña en los ratos de oración» (2).
 Pero enfrente de estas voces y para sofocar su efica-
 cia, álzase con estrépito la voz de Satanás que en-
 ciende el fuego de la pasión, estalla la guerra en el

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 2.^a

alma, y «andan, dice la Santa, los golpes de artillería de tal manera, que no puede el alma dejar de «oir» (1). «¡Oh, Jesús, prosigue la seráfica Madre, qué es la baraunda que aquí ponen los demonios y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante ó tornar á la primera pieza. Porque la razón le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada (2) en comparación de todo lo que pretende. La fé le enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le representa en qué paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto son olvidadas de todos... La voluntad se inclina á amar, adonde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar; alguna en especial se le pone delante, cómo nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el entendimiento acude con entender que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está lleno de falsedad..., que fuera de este castillo no hallará seguridad ni paz, que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar... Razones son estas, concluye la Santa, para vencer los demonios..., y procurar hacer lo que (está) en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas; que muchas veces quiere el Señor que nos persigan..., y aun

(1) Mor. 2.^a

(2) Así se lee en el texto, pero parece que quiere decir: «el engaño que es pensar que todo esto vale algo...»

«algunas permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después y probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Acábase, en fin, esta guerra por la sangre que (el Señor) derramó por nosotros, y con generosidad y denuedo avancemos hasta ponernos del todo en las manos de Dios» (1).

17. *Moradas terceras.*— Con esta disposición de ánimo ya hallan los justos fácil acceso á las Moradas terceras, cuyos pobladores viven de ordinario muy deseosos de servir á Su Majestad. «Aun de los pecados veniales se guardan, de manera, que no cometerían uno con advertencia por cosa ninguna: son amigos de la penitencia, tienen sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con el prójimo, y andan muy concertados en el habitar, vestir y gobernar su casa los que la tienen (2). Pero se inquietan y sienten apretamiento de corazón con los desprecios y menoscabo de su honra, á la cual todavía no han renunciado por completo; tienen demasiado seso y discreción en hacer penitencia, que cierto no se matarán; y no llevan en paciencia que el Señor les cierre la puerta para entrar en las Moradas interiores, donde este Soberano Rey habita...; viniendo de ahí las grandes sequedades que sienten en la oración. Estos tales, cuando el Señor les dice lo que han de hacer para ser perfectos y cómo han de renunciar á su honra y estima y aun á los gustos

(1) Mor. 2.^a

(2) Mor. 3.^a, cap. 1.

»de la oración, de los cuales deben tenerse por indignos, vándose tristes como el mancebo del Evangelio »y vuélvenle las espaldas (1); y, aunque el Señor les »da contentos harto mayores que los regalos y distraimientos de la vida,» como no les prodiga los gustos sobrenaturales, sino que se los concede raras veces...; sienten lo brumador que es este camino, corriendo peligro de tornar, á lo menos en el deseo, á meterse en las sabandijas de las primeras piezas, porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, y el demonio sabe urdir aquí grandes persecuciones (2). Por eso, «procuren huir de toda ocasión de ofender »á Dios, y considerando cuánto padeció el Señor »y cuán bueno es padecer, sean humildes, piensen »que no está la perfección ni el premio en los gustos, »sino en amar más y obrar con justicia y verdad. »Pongan su razón y temores en las manos de Dios, »olvidense de su flaqueza natural: el cuidado de su »salud ténganlo los Prelados (ó Directores de sus almas); esfuércense, pues pueden llegar á la tierra de »promisión en ocho días, para no tardar un año, yendo »por ventas, nieves, aguas y malos caminos llenos de »serpientes, y estudien mucho en la prontitud de la »obediencia: teniendo alguien á quien acudir que esté »muy desengañado de las cosas del mundo, y, viendo »la suavidad con que llevan otros las cosas que ellos »tienen por imposibles, anímense á volar como hacen »los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque

(1) Mor. 3.^a, cap. I.(2) Mor. 3.^a, cap. I.

»no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á los padres» (1).

18. Ved aquí reducida á breves páginas la doctrina ascética contenida en el libro de las *Moradas*, la cual puede considerarse como ilustración bellísima de la que encierra el primer grado de oración expuesto en la *Vida*, y maravilloso compendio de la que con más latitud declara en el *Camino de perfección*. Resumiendo todo lo dicho en lacónica síntesis, pertenecen á la primera Morada, según la doctrina de la Santa, los que, detestando el pecado mortal, viven asidos á los deleites no vedados gravemente, y se cuidan poco de evitar los pecados veniales: moran en la segunda las almas devotas que comienzan á aborrecer el pecado venial y á amar la penitencia; pero no se determinan á renunciar, para conseguir la perfección, los ofrecimientos de honra y estima con que el mundo les brinda: penetran, por fin, en la tercera los que arrancan del corazón el afecto de las riquezas y halagos mundanales; mas no se sacrifican á sí mismos en aras de la humildad, ni llevan en paciencia la privación de los regalos espirituales.

19. Hagamos alto aquí en la falda del monte de la perfección; y, antes de emprender la jornada que nos ha de llevar hasta la cima, volvamos la vista atrás

(1) Mor. 3.^a, cap. II.

desde este repecho del camino, para admirar, juntamente con la extensión del campo recorrido, las cualidades del divino guía, cuyos escritos hasta aquí nos han encaminado.

Dos serán solamente las que yo haré notar, dando principio á este trabajo por la primera y más principal: la concisión. Esta dote, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el sello distintivo del genio. Las medianías, los talentos vulgares y adocenados, así como son ineptos para el análisis en las cuestiones complejas, así también sintetizan poco sus ideas, pudiendo apellidarse su ciencia, más bien que sabiduría propiamente dicha, erudición conceptualista. En los cerebros de esos plagarios del saber cada idea es un sonido aislado, es una nota perdida en el vacío, que no armoniza con el resto de sus conocimientos, ni se eslabona con ellos para formar, anillo tras anillo, la cadena de un verdadero sistema doctrinal. Más que sabios son eruditos, más que genios creadores de la ciencia, son progenitores fecundos de vulgaridades, ó gárrulos declamadores de ideas robadas al talento. En su frente jamás ha brillado la llama del genio, en su cabeza jamás han fermentado grandiosas concepciones, ni siquiera germinado una idea original. Aseméjense en cierta manera á los seres irracionales, que aprenden por impresiones aisladas, y sólo atesoran en su memoria especies inconexas que ningún enlace tienen entre sí; mientras que distan inmensamente de las inteligencias angélicas y puramente intelectuales, cuya ciencia se condensa en pocas ideas.

Permitid esta digresión á mi pluma y seguidme,

porque conviene dejar bien definido el mérito de la concisión contra las opiniones invasoras del charlatanismo pretencioso. Los seres dotados de sólo vida vegetal viven, pero no sienten; los irracionales, por muy perfectos que sean en su especie, sienten y perciben, pero no raciocinan ni desenvuelven por deducciones intelectuales las percepciones adquiridas; el hombre despoja á la sensación de su tosco ropaje, la espiritualiza, y encadenando sus conceptos, forma ideas germinadoras de conceptos nuevos con que fecunda su entendimiento; el ángel ve con precisión clarísima los efectos en sus causas y alcanza con pocas ideas horizontes inmensos de verdades; Dios, en una sola idea, que se identifica con su entender y su ser, agota todo el maravilloso, y para nosotros incomprendible conjunto de realidades, y el todavía más maravilloso y más incomprendible de entidades posibles, que son objeto de la ciencia universal, propiamente dicha, y término de la inteligencia suprema. ¿Qué se sigue de aquí? Síguese, que el que en menos ideas abarque más, el que en menos palabras más diga, ese tal se acerca más á Dios. Ved ahí lo que es el genio: ved ahí porqué os decía que la concisión, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el carácter distintivo de las inteligencias privilegiadas.

20. Pues tal fué la penitente Carmelita, cuyos escritos al presente analizamos. ¿Qué corona de alabanzas podré yo entretrejer que no sea indigna de la frente donde tantos y tan grandes pensamientos se engendraron? ¡Divina pluma la que halló palabras

preñadas de fuerza y vigor, dignas de tan grandiosas especulaciones! ¡La que, como foco de luz, irradió en las tinieblas de celda desconocida, y arrojó sobre el mundo asombrado torrentes de sabiduría celestial, que los ojos más llenos de vida apenas pueden soportar! Hojead, leed, juzgad. En breves páginas, claras como el espejo de su alma, sencillas como su candoroso corazón, atina á resumir con tino admirable, lo que los más profundos ascetas, con dificultad llegan á definir en extensos tratados. Y dejando á un lado los infolios, donde esta ciencia se archiva, las definiciones metafísicas de las virtudes, su clasificación científica, los actos con que nacen en el alma, crecen y se perfeccionan, los vicios que es preciso extirpar, los apetitos que vencer, las pasiones que debelar: dejando á un lado el filosofar sobre todo esto, fija los ojos del alma en los fuertes sillares, que son como las claves arquitectónicas de este edificio colosal, y, mostrándolas con el dedo, dice á sus hijas: «Conoced vuestra miseria y ahondad en ella cuanto podáis; huid de toda ocasión de pecado, desembarzáos de las cosas de la tierra, y acabad por la inmolación total y absoluta de vosotras mismas; lo demás dejádselo á Dios, á su sabiduría y á su bondad omnipotente.»

21. Yo no puedo menos de admirar la maestría, verdaderamente inspirada, con que estos tres puntos están elegidos y sabiamente concretados. Lenguas quisiera hacerme para ensalzarla cual se merece y yo la concibo. Mi voz es débil y mi voto desautorizado,

mas no dejaré pasar estos momentos solemnes sin hacer constar, que, en mi sentir, van descaminados los que con *profundas investigaciones* ascéticas y extensos tratados, pretenden dirigir los pasos del pueblo cristiano por la senda del cielo. Los que tal hacen, se esfuerzan, acaso sin darse cuenta de ello, por introducir á sus lectores en el templo de la sabiduría, para, una vez allí, abrirles luego la puerta oculta que guía al camino de la santidad. Jamás, sin embargo, leemos en el Evangelio, que sea condición precisa el ser sabios para entrar en el reino de los cielos. Lejos de mí el condenar en absoluto á esos escritores profundos de obras inmortales, veneros inagotables del saber; sólo hago constar mis arraigadas convicciones sobre este punto, aseverando, que tales obras, si son utilísimas á los maestros de espíritu, no lo son tanto para el vulgo de los cristianos; pues la manera más común y ordinaria que Dios tiene de elevarlos á la perfección, es la de esculpir en su alma pocas, pero fecundísimas verdades, de las cuales, como de pujante semilla, brota primero y se desarrolla inconscientemente después el árbol de la perfección; lo mismo que en el seno de la madre, fecundado con el germen de vida, se desarrollan inconscientemente los miembros todos del niño, que más tarde ha de abrir los ojos á la luz del día.

22. Paso con esto á la segunda cualidad, que en esta parte de los escritos de la Santa descuello, su espontánea y jovial amenidad. Espíritus reflexivos habrá, que se maravillen de que me entretenga en